

Explicación bíblica de las lecturas de todos los domingos y fiestas

Joan Ferrer, biblista

**Desde el domingo XXVIII hasta
el domingo XXXIV del tiempo ordinario**

Del 13 de octubre al 24 de noviembre de 2024

Ciclo B

D. 28 del tiempo ordinario / B

1 lectura: Sabiduría 7,7-11

En comparación con la sabiduría, tuve en nada la riqueza.

El libro de la Sabiduría nos ofrece la plegaria de Salomón sobre la sabiduría. Recordemos que el libro de los Reyes afirma que «la sabiduría de Salomón superó a la de todos los orientales y a toda la sabiduría de Egipto. Llegó a ser más sabio que nadie, su fama se extendió por todas las naciones vecinas» (1Re 5,10-11). La sabiduría del rey, sin embargo, es un don recibido de Dios, que permite actuar con prudencia –la capacidad de saber discernir el bien del mal–, equilibrio, inteligencia y justicia.

La sabiduría es comparada a los bienes de la tierra, de los que Salomón, como rey, podía disponer, es comparada a

las cosas preciosas y queridas, que son buscadas por los hombres (poder, riqueza, salud, belleza...). Pero todos los bienes comparados con la sabiduría se hacen insignificantes: «Todo el oro, a su lado, es un poco de arena». La sabiduría vale más que la luz para la vista, porque los ojos iluminados guían solo los pasos, mientras que la sabiduría guía toda la vida.

Salomón, en su plegaria de 1Re 3,15 había pedido al Señor tener un corazón sabio, y el Señor le concedió también riqueza y gloria, que no le habían sido pedidas.

2 lectura: Hebreos 4,12-13

La palabra de Dios juzga los deseos e intenciones del corazón.

Este pasaje de la carta a los Hebreos nos presenta una imagen muy poderosa: «La palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo». Hay un componente de juicio en la palabra que es intrigante. Esta es la comprensión cristiana del evangelio: es una palabra muy poderosa.

El fragmento de hoy se sitúa en un contexto en que en Hebreos se acaba de reflexionar sobre el salmo 95 y la noción de entrar en el lugar de descanso de Dios. El autor ve en este concepto un incentivo para que el pueblo de Dios continúe siendo fiel; esto quiere decir que el salmo se ha convertido en una

instancia de la palabra de Dios que discernie, juzga y prueba.

Aquí la palabra de Dios no hace referencia al Logos o Verbo de Dios, sino que es entendida como un aspecto de Dios mismo: como el poder de Dios que permite juzgar, hacer discernimientos críticos. En consonancia con esta personificación de la palabra de Dios está la vitalidad que le es atribuida: «viva y eficaz», «penetrante», «juzga»..., de manera que tiene una misión en el corazón y la vida de la comunidad creyente. Dios, que habló en los salmos, ahora continúa hablando en la Iglesia a través de estos mismos textos.

Este retrato vivaz de la palabra de Dios y del juicio que es capaz de realizar, lleva a concluir que todo es vulnerable ante

Dios: «Todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas».

3lectura: Marcos 10,17-30 Vende lo que tienes y sígueme.

A menudo la Biblia actúa como un espejo de nosotros mismos. Este hombre rico que va a encontrar a Jesús quizás podríamos ser nosotros mismos: su bagaje religioso, su prosperidad y su sinceridad son cualidades muy admirables. Hay que observar el contraste entre este hombre y los niños del evangelio de domingo pasado, que vienen a Jesús como gente sin derechos ni reconocimiento.

Observamos que el texto se compone de tres partes: el diálogo entre Jesús y el rico; el diálogo entre Jesús y los discípulos y el comentario de Pedro seguido de la respuesta de Jesús. Todos hacen referencia al dinero.

Señalemos que el rico no es una caricatura: se arrodilla ante Jesús y le formula una cuestión existencial. Jesús no pone en duda su integridad: dice que ha cumplido los mandamientos desde joven. El punto nuclear está en la afirmación «Jesús se le quedó mirando con cariño». El texto griego original dice, con más fuerza, que «lo amó». Jesús le ayuda a descubrir una razón para vivir:

vender los bienes, dar el dinero a los pobres y seguir a Jesús.

Las posesiones tienden de una manera peculiar a convertirse en nuestros amos: tienen poder para el bien y para el mal y fácilmente nos seducen y nos convierten en sus esclavos. Jesús reconoce la dificultad que comporta que una persona rica pueda vivir fielmente bajo el reino de Dios. La imagen del camello que ha de pasar por el agujero de la aguja, de hecho, expresa que esto es imposible. Los discípulos se sienten desconcertados: «¿Quién puede salvarse?». Jesús les dice que Dios lo puede todo. El rico continúa siendo una figura intrigante para todos.

Pedro dice a Jesús que ellos lo han abandonado todo para seguirle. Jesús le recuerda una promesa de abundancia, que comporta «persecuciones». Ser discípulo nunca permite negociar una paz permanente con el mundo, donde la riqueza es un valor amado y honrado. Vivir en el mundo como cristiano quiere decir vivir siempre atento.

JOAN FERRER

D. 29 del tiempo ordinario / B

1 lectura: Isaías 53,10-11

Cuando entregue su vida como expiación, prolongará sus años.

Estamos ante un fragmento del enigmático canto cuarto del Siervo de Dios. El Siervo ha vivido una vida de sufrimiento: «El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación». Después de esto ya parece que no puede quedar nada más, pero Isaías nos hace saber que esto no es el fin. El Señor tiene otro designio: «Verá su descendencia, prolongará sus años». El Señor quiere que el Siervo, que lo ha

dado todo, ahora lo reciba todo. Este hombre no ha sido abandonado.

El Siervo «justificará a muchos»; ha hecho que los otros reciban los beneficios de su fidelidad y de su sufrimiento, «porque cargó con los crímenes de ellos». Aquí hay un misterio de la justicia divina que justifica a una multitud por el sufrimiento de uno que ha obedecido hasta el fin.

2 lectura: Hebreos 4,14-16

Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia.

Esta gran homilía cristiana que es la carta a los Hebreos nos presenta a Jesús bajo el aspecto de un «sumo sacerdote grande, que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios»; él «ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado». Jesús ha sido, pues, exaltado a la derecha de Dios, pero es capaz de «compadecerse

de nuestras debilidades». Este aspecto compasivo del Hijo de Dios, que lo hace solidario de las necesidades humanas, es especial en el plan de Dios: los hombres podemos acercarnos a Dios con la certeza de que, por la mediación de Jesús, nos será concedido el auxilio que necesitamos.

3 lectura: Marcos 10,35-45

El Hijo del hombre ha venido para dar su vida en rescate por todos.

Esta sección del evangelio según Marcos, que comprende el viaje de Jesús con los discípulos de Cesarea de Felipe a Jerusalén, contiene unas enseñanzas esenciales sobre el significado del seguimiento de Jesús. Es introducida por la historia de la curación de un ciego en dos fases, que finalmente «podía ver todo con claridad» (Mc 8,25) y aca-

ba con la historia de la curación de un segundo ciego que «al momento recobró la vista y lo seguía por el camino» (Mc 10,52). Dos forasteros reciben una visión clara, mientras el conjunto de los discípulos muestra repetidamente su falta de visión. Los lectores del evangelio somos conducidos por el narrador a identificarnos con los discípulos. Hoy

nos encontramos con dos incidentes del final de la jornada, justo antes de la entrada en Jerusalén.

El pasaje de hoy se compone de dos escenas: la petición de Santiago y Juan de un lugar importante en el Reino, y la respuesta de Jesús, y la irritación de los otros discípulos y la nueva respuesta de Jesús.

La petición de los dos hermanos parece demasiado atrevida: ¿no han entendido el episodio del niño puesto en medio del grupo? ¿No han escuchado la respuesta de Jesús al rico? ¿Y las palabras de Jesús sobre su propio futuro y los riesgos que comporta el seguimiento del Señor? Jesús no los riñe, sino que les dice que no saben lo que piden. Los confronta con los símbolos del cáliz y del bautismo de Jesús. El núcleo es que el camino de la gloria pasa por el valle del sufrimiento y de la muerte. Para conseguir la «gloria» y ocupar los asientos de autoridad y preeminencia no se puede pasar por encima del Viernes Santo y de todo lo que esto conlleva. Ser seguidor de Jesús es muy arries-

gado. La copa tiene un gusto amargo y el agua nos liga con la muerte de Jesús.

La indignación de los otros diez discípulos contra Santiago y Juan seguramente refleja celos más que no un justo enojo. Probablemente ellos también buscan una situación de poder. Jesús los riñe y les muestra el ejemplo de las autoridades paganas como modelo de la manera como no hay que gobernar. La elección está entre ser tiranos o esclavos, entre el dominio y el servicio. El criterio para la preeminencia cristiana no es la eficacia sino la fidelidad al modelo de Jesús. Jesús es un siervo cuando expulsa a los cambistas del templo y cuando cura a los enfermos. Su ministerio y su entrega a la muerte dan, al término «siervo», una nueva definición.

El versículo final, en que Jesús se convierte en modelo a seguir, marca todo el pasaje. La expresión «en rescate por todos» expresa el carácter salvador de la muerte de Jesús, el acto que redime a los discípulos que no saben cómo evitar el tener que ser siervos.

JOAN FERRER

D. 30 del tiempo ordinario / B

1 lectura: Jeremías 31,7-9

Guiaré entre consuelos a los ciegos y cojos.

El exilio de Israel a Babilonia ha sido una derrota y un lugar donde han incubado el abandono y la desesperación. El exilio puede ser una metáfora para entender nuestra propia situación de desesperación y deshumanización.

En el fragmento de Jeremías que hoy proclamamos, Dios se dirige a la comunidad del exilio y les invita a una nueva realidad, arraigada solo en la decisión fiel de Dios.

Dios hace llegar por el profeta una invitación al Israel exiliado llena de imperativos. El pueblo de Dios es invitado a gritar, a celebrar, a proclamar. Son actos de alegría en los que el Israel reducido al silencio nunca hubiese podido soñar. La razón para el júbilo es que Dios, el Señor de la alianza, ha querido salvar a

aquel pueblo que había escogido y que le había sido infiel permanentemente. Dios interviene para liberar y una nueva vida empieza; una vida completamente inesperada, porque el yugo de muerte de Babilonia ha sido aplastado.

Señalemos la fuerza de la presencia de la primera persona: «Yo os traeré». Dios es la persona que actúa en estos hechos que transformarán la vida de Israel. Seguidamente el profeta explica la gran peregrinación de la gente que volverá a casa. Forman parte de ellos también los vulnerables y dependientes: «Ciegos, cojos, preñadas y paridas». Son gente que siempre viven con riesgo; ahora el miedo ya se ha acabado y el camino será absolutamente seguro, porque «seré un padre para Israel».

2 lectura: Hebreos 5,1-6

Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.

El núcleo de este pasaje está en la comparación entre el sumo sacerdote humano y Jesús. La misión de los sumos sacerdotes era «representar a los hombres en el culto a Dios» y «ofrecer dones y sacrificios por los pecados».

Jesús es presentado por nuestro escrito como sumo sacerdote también escogido –como los sumos sacerdotes de

Israel– aunque en Jesús hay un hecho singularísimo, ya que su gloria proviene de Dios, que le ha dicho: «Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy». El sacerdocio de Jesús pertenece al orden de Melquisedec, aquel personaje misterioso que aparece solo en el Génesis, que bendijo a Abrahán y ofreció a Dios un sacrificio de pan y de vino, como el que Jesús ofreció en su Última Cena.

3lectura: Marcos 10,46-52 Maestro, haz que pueda ver.

Hoy el leccionario nos ofrece la historia de la curación del ciego mendigo Bartimeo. Es una narración de milagro que se convierte en una llamada al seguimiento de Jesús. El texto presenta una dinámica muy singular entre Bartimeo, la gente que le rodea y Jesús, que nos permite reflexionar sobre la naturaleza de la fe.

La historia también nos recuerda a otras narraciones del evangelio según Marcos: la mujer hemorroísa, el rico que no sigue a Jesús, los dos hermanos que buscan lugares de autoridad en el Reino, etc.

Señalemos que el ciego pide a Jesús: «Maestro, que pueda ver», y que Jesús le responde: «Anda, tu fe te ha curado», o bien «tu fe te ha salvado completamente». La curación física es solo una parte de un restablecimiento más completo. Después de haber sido curado, Bartimeo «lo seguía por el camino».

Hay que observar dos características que tienen relación con la decisión de convertirse en discípulo: la persistencia de Bartimeo y la llamada de Jesús. Bartimeo se encuentra solo, de manera que la única manera que tiene para llamar la atención de Jesús es gritar con obstinación: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí». Los gritos ponen nerviosos a los demás, que procuran hacerle callar, pero el ciego se niega. Cuando Jesús lo oye y lo hace llamar,

el hombre «suelta el manto, da un salto y se acerca a Jesús». Es un hombre desesperado, seguramente humillado y rechazado durante años, que vence los esfuerzos de los demás para mantenerlo ciego y mendigo.

Jesús lo llama. Señalemos que el verbo aparece tres veces en dos frases. Esta historia sobre la manera de convertirse en discípulo vincula la insistencia y la tenacidad de Bartimeo con la llamada de Jesús, que incluso transforma a la multitud que ahora pasa a ser portadora de la invitación.

Bartimeo es un forastero, como la mujer hemorroísa que tocó el manto de Jesús. Son personas empujadas al margen de la sociedad, que toman iniciativas y que reciben de Jesús la misma respuesta: «Tu fe te ha curado». Aquellos que no tienen ningún poder pasan a ocupar un lugar preeminente en la economía del Reino que Jesús inaugura.

Bartimeo presenta un contraste notable con los discípulos: estos, en el largo camino hacia Jerusalén, han malentendido las palabras de Jesús sobre su futuro y sobre el sentido del seguimiento. Mientras Jesús habla de cargar la cruz y servir, ellos discutían sobre quién de ellos sería el más grande. Si hay algún ciego, son ellos claramente.

La pregunta de Jesús es reveladora: «¿Qué quieres que haga por ti?». Cada uno de nosotros está invitado a darle una respuesta.

Todos los Santos

1 lectura: Apocalipsis 7,2-4.9-14

Una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar...

El fragmento que hoy proclamamos forma un interludio entre la apertura de los seis primeros sellos y el último. La primera parte de nuestra perícopa describe el sellado –«hasta que marquemos en la frente a los siervos de nuestro Dios»– de los que han sido redimidos de Israel. Esta acción indica que han sido confirmados como miembros de la comunidad del Cordero, Jesucristo. El número 144.000 es simbólico: es el resultado de multiplicar 12 –las tribus de Israel– por sí mismo y por mil. Es una cantidad muy grande, pero se refiere solo a Israel.

La segunda parte de la visión es la descripción de la confirmación de los miembros de la comunidad del Cordero que provienen de fuera del judaísmo: «De toda nación, raza, pueblo y lengua». Estos no tienen un número preciso y geométrico como el otro grupo, sino que la multitud es «una mu-

chedumbre inmensa que nadie podría contar».

Iban vestidos de blanco, símbolo de la pureza y llevaban palmas, señal aquí de la victoria del Cordero y, a través de él, de los salvados. El himno que cantan es una alabanza a Dios y al Cordero.

La precisión final del personaje de la corte de Dios explica que estos que ahora se encuentran ante la presencia de Dios y del Cordero solo han podido llegar allí a través de una gran lucha y sufrimiento. Todo hace pensar en que son los que han dado la vida por defender la fe, los primeros mártires de la Iglesia. Señalar, sin embargo, que aunque sus sufrimientos son importantes a los ojos de Dios, su victoria no ha sido obtenida a través de su propio esfuerzo sino por la muerte de Jesús y su resurrección triunfante: «Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

2 lectura: 1 Juan 3,1-3

Veremos a Dios tal cual es.

Este texto nos enseña aspectos de los hijos de Dios. En primer lugar nos dice que se caracterizan por el amor que Dios les ha dado. Este amor se ha de manifestar en amor mutuo entre los hijos de Dios, que se han convertido en hermanos. El punto de partida, sin embargo, es el amor de Dios que ha constituido la comunidad. Hay un hilo que ha unido a todos los creyentes, del pasado y del

presente, conocidos y desconocidos, que es el amor de Dios. Recordemos que en el credo afirmamos que creemos en la «comunidad de los santos». Este amor pide –porque el amor solo se puede pagar con amor– una respuesta de amor a Dios y a los «santos» de todos los siglos. Esto es una fuerza poderosa de apoyo y solidaridad.

Hay también otro punto: el amor es un motivo que conecta a los creyentes, unos con otros, y, al mismo tiempo, los mantiene aparte del mundo. La perspectiva no es de carácter sectario, sino de otra clase: en todas las épocas, los que adoptan los valores del mundo no son capaces de reconocer a Dios ni a los hijos de Dios. La humanidad permanece al margen de Dios por ceguera propia. Los creyentes también comparten el hecho de ser objeto de la hostilidad perenne del mundo para con el Evangelio.

3lectura: Mateo 5,1-12a

Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande.

Las bienaventuranzas son una constatación de bendición escatológica, y son particularmente apropiadas para la fiesta de Todos los Santos.

Las podemos leer desde dos perspectivas. Desde los receptores de las bendiciones: ¿A quién pertenece el Reino del Cielo? ¿Quién poseerá la tierra? ¿Quién verá a Dios? Las respuestas son sorprendentes: los pobres en el espíritu, los sufridos, los limpios de corazón. Estos candidatos tan insólitos son los beneficiarios de la atención especial de Dios.

También las podemos leer desde la perspectiva de las bendiciones prometidas: ¿qué pueden esperar los pobres en el espíritu? ¿Y los sufridos, o los limpios de corazón? De nuevo, en términos de estándares humanos de recompensa, las respuestas son sorprendentes: son demasiado colosales. No solo son promesas orientadas a una existencia más allá de la muerte, sino que tienen un pro-

fundido impacto en la vida vivida ahora. El fragmento acaba hablando del futuro de los hijos de Dios: aunque por el amor de Dios ya somos ahora hijos de Dios, el futuro promete que nos llevará a otra transformación, «seremos semejantes a él», pese a que no sabemos qué significará esta transformación. Todos los cristianos hemos compartido a lo largo de los siglos la convicción de que la muerte no será el fin de nuestra vida en común o con Dios. El futuro es, a la vez, conocido y desconocido.

fundo impacto en la vida vivida ahora.

Tomemos las dos últimas: los perseguidos y los calumniados porque han llevado una vida de acuerdo con el Evangelio. Estos recibirán una gran recompensa y el Reino les pertenece.

El día de Todos los Santos la Iglesia celebra la promesa de que Dios no ha olvidado a los pobres en el espíritu, a los sufridos, a los misericordiosos, a los que tienen hambre y sed de la justicia, a los limpios de corazón, a los constructores de la paz ni a los perseguidos.

La última bienaventuranza tiene una referencia inesperada para los que aún están vivos. Ante la persecución y la incompreensión, la promesa divina afecta al futuro y comporta una promesa divina de alegría. La celebración de la reivindicación que Dios hace de sus santos, que sufrieron, comporta coraje para todos los que luchan contra las fuerzas de la opresión.

Fieles Difuntos

1 lectura: Lamentaciones 3,17-26

Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor.

Las Lamentaciones nos sitúan en el contexto de la gran tragedia que fue la destrucción de Jerusalén del año 586 aC, cuando el pueblo de Judá perdió la independencia nacional, la ciudad fue devastada y el templo destruido. Los supervivientes fueron, en parte, deportados a Babilonia, y los otros permanecieron en un país desolado bajo el peso de la dominación extranjera.

Los lamentos se sitúan en el corazón de unas personas que sufren física y espiritualmente: «Ni me acuerdo de la dicha». La persona que padece parece que olvide incluso el pacto con Dios o al mismo Señor. El sufriente experimenta la desgracia como una prueba de la hostilidad de Dios y le parece que se le acabó su «esperanza en el Señor».

La respuesta de la persona desolada es la que encontramos seguidamente en el texto que proclamamos: la súplica, a pesar de todo, al Señor. Aquí se produce un cambio fundamental. El que ruega puede recibir el don de reconocer que «la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión; antes bien, se renuevan cada mañana: ¡qué grande es su fidelidad!». Después de la desesperación pasada, la persona fiel se da cuenta de que se ha convertido en heredero de una realidad colosal. «El Señor es mi lote, me digo, y espero en él». El Señor es la misma fuente de vida, quien ha aprendido a esperar en él sabe que, a pesar de las negras nubes que pueden oscurecer la vida, el resultado final de la experiencia creyente es «la salvación del Señor».

2 lectura: Filipenses 3,20-21

Transformará nuestro cuerpo humilde, según su cuerpo glorioso.

Este fragmento de la carta a los Filipenses ofrece una imagen del pueblo de Dios que proviene de los tiempos del inicio de la Iglesia, y que tiene un alcance enorme. Esta lectura nos permite formularnos una pregunta capital: ¿qué es lo que hace que la comunidad cristiana sea diferente del mundo que la rodea?

Pablo da a los cristianos de Filipo una respuesta contundente: las seguidoras y los seguidores de Jesucristo, pese a que vivimos en la tierra, no hemos de

tener el corazón robado por las cosas de la tierra sino que «somos ciudadanos del cielo». La imagen proviene de la cosmovisión del Imperio Romano: los ciudadanos de la capital a menudo iban a vivir o a trabajar a lugares muy distantes dentro del Imperio, pero siempre mantenían sus nombres en los registros de la capital. Su identidad venía dada por Roma.

La Iglesia conserva siempre una identidad que proviene de fuera de sí misma:

el cielo, de manera que es capaz de vivir de una visión y de una fuente que no son terrenales. Esto comportará que su estilo de vida sea visto como extraño e incluso como ridículo. Para algunos la Iglesia puede parecer pintoresca, su lenguaje obsoleto y sus sueños irreales. Su sistema de valores aparece como algo ajeno a nuestro mundo.

Alguien quizá podrá pensar que hablar del «cielo» hará que la Iglesia no viva arraigada en la tierra. Sea como sea, nuestra carta no indica el camino para

huir de este mundo y de problemas que no tienen solución, sino que nos recuerda que la esperanza de la Iglesia siempre está en el Salvador, que vendrá del cielo a la tierra y que transformará la existencia terrenal y la hará conforme a la gloria divina. La Iglesia y las personas creyentes siempre tenemos que permanecer arraigados a la tierra, pero hemos de vivir con la convicción de que poseer una identidad celestial —«de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo»— nos hace ser levadura transformadora del mundo.

3lectura: Marcos 15,33-39; 16,1-6 Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

El evangelio de la fiesta de la conmemoración de todos los fieles difuntos nos sitúa en el corazón de la experiencia creyente: en la soledad y el silencio de Dios que Jesús experimentó en el Gólgota el viernes de Pasión, y en la respuesta definitiva de toda la obra de Dios que es la mañana de Pascua.

Este itinerario es la culminación de toda la trayectoria de fe. La oscuridad antes del alba de la creación aparece en pleno mediodía para anunciar que hay que esperar el estallido de la mañana de la Pascua, cuando el sol de la creación definitiva iluminará a aquellas mujeres que se convertirán en la imagen per-

fecta del verdadero creyente de todos los tiempos: solo ellas, que siguieron a Jesús hasta el pie de la cruz, serán fieles hasta la mañana de Pascua y podrán escuchar la noticia definitiva de parte de Dios: «No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí, ha resucitado».

Este es el mensaje que ha de resonar en el corazón de las personas fieles a lo largo de toda nuestra vida porque es el centro de nuestra fe: la resurrección del Señor Jesús, culminación de la obra de Dios, es el fundamento del sentido de nuestras vidas y el destino de nuestra esperanza.

JOAN FERRER

D. 31 del tiempo ordinario / B

1 lectura: Deuteronomio 6,2-6

Escucha, Israel: amarás al Señor con todo tu corazón.

El libro del Deuteronomio es una explicación homilética de la Ley de cariz teológico, en el cual el personaje principal es Moisés. Esta es la gran diferencia con el libro del Éxodo, en que el protagonista que pronuncia el discurso es Dios mismo.

El texto está lleno de verbos imperativos: teme (v. 2); observa (v. 3); escucha (vv. 3 y 4); amarás (v. 5)... para indicar la importancia de lo que se anuncia. Se trata de una serie de advertencias o consejos que Moisés da al pueblo para conservar la fidelidad a la alianza en la tierra prometida.

El autor del libro, a través de la figura de Moisés, increpa al pueblo a mantenerse fiel a su Dios, el Señor, y a alejarse de los falsos dioses de los otros pueblos. Al mismo tiempo recuerda que hay que guardar los mandamientos y

preceptos que Dios les ha dado a conocer. Solo así Israel será feliz y llegará al país que «mana leche y miel» (v. 3) contraponiendo la fertilidad de Canaán a la esterilidad del desierto que los israelitas sufren.

El v. 4 es la shemá, la plegaria que cada día, por la mañana y por la noche pronuncian los judíos para ratificar que el único Dios es el Señor y confirmar su monoteísmo. Los versículos 5-6 completan la plegaria judía con el amor que hay que sentir por el Señor, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, expresión propia del deuteronomista (cf. 4,29; 10,12; 11,13; 26,16) que implica la profundidad y la grandeza de este amor. La ubicación final de la grabación en el corazón de este mandamiento significa que nunca se ha de olvidar quién es el Señor.

2 lectura: Hebreos 7,23-28

Como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa.

El autor de la carta a los Hebreos compara el sacerdocio de los que se cuidaban del templo de Jerusalén con el sacerdocio definitivo de Jesús, que salva verdaderamente porque intercede por todos los hombres ante Dios (vv. 23-25). La antigua alianza ha sido sustituida por otra mejor que Jesús ha instituido en su propia persona y que hace accesible la salvación. La narración va representando de forma antitética

aquello que configuraba el sacerdocio del templo frente al sumo y definitivo sacerdote: Jesús.

Los últimos tres versículos del capítulo 7 acaban con un himno al sacerdocio de Jesús, que es el único que puede ayudar a los hombres a salvarse, porque es el único que se interesó por los pecadores, condición propia e intrínseca de todos los hombres. Jesús es alabado con una serie de atributos celestiales:

«santo, inocente, sin mancha» (v. 26), que se contraponen a los de los sacerdotes del templo. Ahora ya no son necesarios los sacrificios diarios, porque al ofrecerse él mismo se ha convertido en el sacrificio definitivo.

3lectura: Marcos 12,28b-34 **Amarás al Señor, tu Dios. Amarás a tu prójimo.**

Este pasaje puede considerarse el colofón a una retahíla de textos polémicos sobre la concepción de la Ley en el evangelio de Marcos. El interlocutor de Jesús es un escriba. Ahora bien, mientras los otros interlocutores fariseos, saduceos y escribas con que se había ido encontrando Jesús desde el comienzo de la narración evangélica habían sido firmes oponentes, ahora es presentado de forma positiva como un hombre de autoridad religiosa y con una gran actitud de servicio. La voluntad de servir del escriba se percibe en sus ganas de aprender de Jesús, su apertura al nuevo mensaje que enseña Jesús y su humildad al no oponérsele, sino de identificarlo con la voluntad y el Reino de Dios. Sorprende que, en los textos paralelos de los evangelios de Mateo (22,24-40) y de Lucas (10,25-28), el escriba sea un personaje hostil. También es oportuno indicar que las similitudes entre Mateo y Lucas son muchas más que las que encontramos con Marcos.

El texto comienza con una pregunta importante: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?» (v. 28). La respuesta de Jesús se inicia con la shemá de Deuteronomio 6,4-9, que es el credo básico del judaísmo. El Jesús del evan-

El texto acaba aún con otra antítesis, la Ley y el Hijo de Dios, porque Cristo se ha convertido en la meta y plenitud de las antiguas prescripciones y mandamientos, como dice el apóstol Pablo (cf. Rom 10,4).

gelio cita los dos primeros versículos del Deuteronomio en Marcos 12,30: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser», que es el precepto de amar al Señor sobre todas las cosas. Y después añade el segundo mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» en 12,31. El precepto de amar a Dios va ligado íntimamente al de amar a los demás.

Jesús no dice nada que sus interlocutores no supiesen, porque estos mandamientos ya los encontramos en Deuteronomio 6,4-5 y Levítico 19,18. La novedad de la respuesta de Jesús está en el hecho de añadir que esta estimación supera a los sacrificios que se hacen en el templo (Mc 12,33), lo que indica que Marcos defiende que el amor a Dios y a los demás está por encima de la Ley. El evangelista está en sintonía con el apóstol Pablo (Rom 13,9-10); Gal 5,14) que afirma lo mismo. La respuesta de Jesús puede considerarse un epitome de toda la Ley. El prójimo es cualquier persona que Jesús encuentra por el camino. El amor a los demás es una consecuencia del amor a Dios y este, al mismo tiempo, comporta la fe en el Evangelio.

D. 32 tiempo ordinario / B

1 lectura: 1 Reyes 17,10-16

La viuda hizo un panecillo y lo llevó a Elías.

Los libros de los Reyes contienen las narraciones de las diversas actividades de los profetas Elías y Eliseo, que vivieron en una época muy antigua de la historia de Israel, en el siglo IX aC. Son unos personajes singulares de los que no tenemos escritos –que es la característica principal de los grandes profetas de la Biblia, que son hombres que comunican una palabra de Dios que da sentido a la historia de un tiempo concreto– sino que solo sabemos hechos singulares y prodigiosos.

La historia que proclamamos en la liturgia de este domingo tiene como protagonista a Elías, el campeón del Dios de Israel contra la corrupción política, moral y espiritual de la vida de Israel. La función del profeta consiste en romper aquí el ciclo de violencia, opresión y apostasía que caracterizó la vida del Reino del Norte desde su fundación.

En respuesta al enorme mal realizado por Acab, el rey de Israel, el Señor ha enviado una sequía. El profeta, perse-

guido por el rey, ha tenido que huir y, después de diversas peripecias, llega a Sarepta, una ciudad fenicia. La mujer viuda con la que se encuentra no es una adoradora del Dios de Israel. Señalemos que dice: «Te juro por el Señor, tu Dios». En este fragmento aprendemos una lección muy singular sobre el amor universal de Dios, que va mucho más allá de los estrechos confines de los dos reinos de Israel y Judá. Y recibimos también el testimonio de la bondad y de la compasión de una persona no creyente para con un hombre de Dios.

La mujer da al profeta la comida que le es pedida, pese a que ella ya no tiene más recursos para subsistir con su hijo. El profeta, ante la generosidad extrema de la mujer anuncia un hecho prodigioso, que no es el resultado de un poder mágico de Elías, sino que la comida milagrosa es un don de Dios para la mujer que se ha compadecido del profeta del Señor.

2 lectura: Hebreos 9,24-28

Cristo se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos.

Esta lectura recapitula el contraste formulado un poco antes (Hebreos 9,11-14) entre el sacrificio de Cristo y el del día de la Expiación. Aquí la carta a los Hebreos focaliza un aspecto diferente del sacrificio. El énfasis del pasaje se encuentra en la acción del sumo sacer-

dote –que entra ante la presencia de Dios más que en el santuario– y en la interpretación escatológica del sacrificio de Cristo, en contraste con el sacrificio anual del día de la Expiación.

Cristo ha entrado «en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo

por nosotros». En el contexto de la Biblia, la presencia del Señor suele causar terror, de manera que la función intermediaria de Cristo es fundamental ante la presencia del misterio absoluto. Cristo entra en este lugar santísimo «por nosotros», para satisfacer las necesidades de la comunidad humana.

Cristo se ofrece en sacrificio una única vez, y este sacrificio es el adecuado para la obtención de la salvación, de manera que sustituye por siempre al solemne sacrificio anual prescrito por el Levítico para obtener la gracia del perdón una vez cada año.

Este sacrificio se ha producido en un momento decisivo del plan de Dios:

«Al final de la historia». La muerte de Cristo en cruz señala el final del templo, el final del sacerdocio humano y el final de los sacrificios, pero, sobre todo, significa el inicio de una nueva época, porque después de la muerte de Cristo empieza la época de la Parusía, acontecimiento estrechamente vinculado con la salvación: «Aparecerá... a los que lo esperan, para salvarlos». La salvación es mucho más que la eliminación de los efectos del pecado, ya que es la asociación de los creyentes con Cristo mismo. Él, que después de su muerte sacrificial ha entrado ante Dios, no está distante: los creyentes podemos esperar en él, en la confianza de volverlo a recibir.

3lectura: Marcos 12,38-44

Esta pobre viuda ha echado más que nadie.

El pasaje que hoy proclamamos se halla al final del ministerio público de Jesús, justo antes de la predicción de la destrucción del templo y de la narración de la pasión.

Jesús hace una crítica muy severa del comportamiento habitual de los escribas, que actúan de manera pretenciosa buscando el reconocimiento público –sentándose en los mejores lugares de las sinagogas y de los banquetes– a la vez que explotan a la gente pobre. Esta denuncia de Jesús sigue la actitud de los profetas (Isaías 10,1-12; Zacarías

7,10). Estas palabras tan severas de Jesús llevan a los oyentes del texto a formularnos preguntas sobre nuestro propio estilo de vida, para saber si hay contradicción entre nuestra actitud religiosa y nuestra práctica social. Podría ser que la figura de la viuda pobre fuese también una crítica a las autoridades religiosas del templo que, en lugar de cuidar a las viudas, como ordena la Ley, les toman hasta la última moneda. El pasaje evangélico no solo loa la generosidad extrema, sino que contiene también una aguda crítica de tono profético.

JOAN FERRER

D. 33 tiempo ordinario / B

1 lectura: Daniel 12,1-3 Por aquel tiempo se salvará tu pueblo.

El libro de Daniel sitúa a su protagonista en Babilonia durante el Imperio de los sucesores de Nabucodonosor, el conquistador y destructor de Jerusalén, causante de la deportación del pueblo de Dios a Babilonia. En realidad, sin embargo, el libro habla en clave de la época de la opresión de los reyes helenistas de Siria contra Jerusalén, y de la persecución religiosa que acabó desencadenando la revuelta de los Macabeos, del siglo II aC.

En la segunda parte de este libro complejo –escrito en tres lenguas: hebreo, arameo y griego– están las visiones donde Daniel ve a través de imágenes simbólicas la sucesión de los cuatro «reinos» bajo los que se ha desarrollado la historia reciente del pueblo de Israel. En la compleja imaginería apocalíptica

del texto que leemos hoy se contempla el futuro escatológico. Los elegidos de Dios son aquellos cuyos nombres están «inscritos en el libro»; este libro es el libro de la vida de Dios (Éxodo 32,32). Estos, a pesar de los sufrimientos, serán salvados. El mundo divino representado aquí por Miguel –«el arcángel que se ocupa de tu pueblo»– irrumpe en la historia para llevar a cabo su plan. Nos encontramos en un contexto singular: el de la lucha de las fuerzas que obstaculizan el plan de Dios, y el Señor que salva a su pueblo.

El texto de hoy es muy singular porque es probablemente el primer texto del Antiguo Testamento en que se habla de la resurrección de los muertos: «Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento».

2 lectura: Hebreos 10,11-14.18 Con una sola ofrenda ha perfeccionado a los consagrados.

Este fragmento de la carta a los Hebreos lleva a conclusión la discusión del sacerdocio de Cristo. El autor reflexiona sobre la base del salmo 110, que es citado explícitamente: «Y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sea puestos como estrado de sus pies».

Por contraste con los sacerdotes, que cada día han de ofrecer sacrificios en el templo por el pecado, el sacrificio singular de Cristo le capacitó para sentarse a la derecha del Padre y dejar su

obra acabada por siempre. En el contexto de nuestra lectura de hoy el autor de Hebreos cita a Jeremías 31,33-34, que permite interpretar la obra de Cristo a la luz de la promesa de una nueva alianza realizada por Dios y del perdón de los pecados, que la cruz de Cristo ya ha realizado por siempre. «Donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados».

3lectura: Marcos 13,24-32 Reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos.

El evangelio de hoy es un fragmento del complejo capítulo 13 de Marcos, que suele ser llamado el «apocalipsis pequeño». Todo el capítulo contiene la profecía de Jesús sobre la destrucción del templo de Jerusalén y el retorno del Hijo del hombre. El discurso habla de los signos de una crisis muy grave.

El texto de hoy tiene tres secciones distintas: la profecía sobre el retorno del Hijo del hombre; la «lección» de la higuera; y una advertencia sobre la necesidad de estar alerta.

Nuestro texto está lleno de alusiones a diversos pasajes proféticos de la Biblia: Isaías, Joel y Daniel (citados directamente) y Jeremías, Deuteronomio y Zacarías (alusiones). El texto usa imágenes que son tradicionales de la apocalíptica bíblica para describir la crisis que se producirá cuando el Hijo del hombre volverá. Así, por ejemplo, la imagen del oscurecimiento del sol y la luna proviene de Isaías 13,10, que describe «el día del Señor». La misma profecía del Hijo del hombre proviene de Daniel 7,13 y es repetida en Marcos 14,62, en la escena del juicio de Jesús ante el sumo sacerdote.

Hay un detalle que es muy importante que tengamos en cuenta: el retorno del Hijo del hombre y las crisis asociadas a este retorno no son acontecimientos sujetos al control o a la predicción de los humanos. Los discípulos han de estar en alerta constante por si se produce este retorno, para que no los encuentre desprevenidos. La actitud de alerta es necesaria porque hay falsas alarmas propagadas por charlatanes, que no saben nada de esto, ni del alcance de la crisis ni del tiempo en que se producirá. La actitud de vela es necesaria porque solo Dios sabe cuándo ocurrirá.

Este pasaje es importante en el contexto del evangelio, porque es una especie de prólogo del relato nuclear de la pasión del Señor. Señalemos que la crucifixión de Jesús es una llamada a estar atentos, una llamada en la que los discípulos fracasan. Marcos 13 sirve para recordar en la Iglesia la necesidad de permanecer siempre vigilantes, porque solo Dios sabe qué es la crisis real y cómo se manifestará. El pueblo de Dios espera porque sabe que el tiempo está en manos de Dios y no en las suyas. También sabemos que Dios no nos dejará solos ni sin esperanza.

JOAN FERRER

Jesucristo, Rey del Universo

1 lectura: Daniel 7,13-14 Su dominio es eterno y no pasa.

La realeza de Cristo es interpretada sobre la base del personaje misterioso que aparece en el libro de Daniel y que es designado como el «hijo de hombre».

El capítulo 7 de Daniel inicia la segunda parte del libro, que se caracteriza por unas visiones de carácter apocalíptico, difíciles de interpretar. Después de la aparición de cuatro bestias monstruosas que salen del mar –y que representan los cuatro grandes poderes políticos extranjeros que desde la época de Nabucodonosor afligieron al pueblo de Dios– el profeta es testigo de un hecho sorprendente que ocurre en el cielo. Dios, sentado como juez juzga a la cuarta bestia, que es la más insolente. Se trata del rey helenístico de Siria Antíoco IV, que oprimía desde el punto de vista religioso al pueblo de Israel, y perseguía a los judíos que habían per-

manecido fieles a la fe de los padres.

La lucha solo en apariencia es política, porque en realidad, tras los grandes imperios hay una potencia sobrehumana que combate al Dios de la alianza: la interpretación de la historia ha de ser, pues, teológica, se ha de leer desde Dios. Los imperios pasan y no hay ninguno que tenga estabilidad, pero la opresión del pueblo de Dios pide una intervención del mismo Dios que rompa la sucesión bestial de la historia. Daniel constata la necesidad de un Reino de Dios que sustituya a la serie de los imperios humanos y que tenga como exponente una persona verdaderamente humana, «un hijo de hombre», que muestre claramente que Dios ha hecho cambiar las cosas: «Su dominio es eterno y no pasa», porque se encuentra bajo la protección de Dios.

2 lectura: Apocalipsis 1,5-8 El príncipe de los reyes de la tierra nos ha hecho sacerdotes de Dios.

Nos encontramos ante la salutación, la doxología y dos afirmaciones de carácter profético de una de las cartas que –junto con las visiones– componen el libro del Apocalipsis. El pasaje nos dice cosas sobre Dios y sobre Jesús. Dios es el Alfa y la Omega, «el que es, el que era y el que viene». De Jesús nos dice que es «el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra». Jesús «nos ama, nos

ha librado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino».

Los títulos de Dios remiten a pasajes bíblicos como Éxodo 3,14, y contienen alusiones a fórmulas conocidas en el mundo helenístico que se aplicaban a las divinidades paganas.

El mensaje, sin embargo, también nos dice cosas sobre los creyentes. Si Jesús es «el testigo fiel», esto significa que la

Iglesia y las personas creyentes lo tenemos que ser también en nuestras vidas.

El pasaje refiere a la noción del retorno de Jesús: «viene en las nubes» nos lleva a Daniel 7,13; «los que lo atravesaron» nos lleva a Zacarías 12,10. La afirmación de que «todos los pueblos de la tierra se lamentarán por su causa» refuerza el motivo del juicio último y a la vez contiene una poderosa ambigüedad: ¿todos llorarán porque reco-

nocerán su participación culpable en la muerte de Jesús o bien es una consecuencia de su propia pérdida de vida y de poder?

Para la comunidad cristiana, el Apocalipsis ofrece un mensaje de gran esperanza que deriva de su profunda confianza en Jesús, «el príncipe de los reyes de la tierra», que «por su sangre, nos ha convertido en un reino».

3lectura: Juan 18,33b-37

Tú lo dices: soy rey

La narración de Jesús ante Pilato tiene una rara finura. Las autoridades religiosas han quedado fuera del edificio pagano del pretorio a fin de evitar la impureza ritual, ya que la Pascua estaba cerca: una sutil ironía joánica. Estos jefes religiosos ahora mismo están haciendo todo lo que pueden para eliminar al agente de Dios en la creación, el Mesías, el rey de Israel.

Pilato aparenta mirárselo todo desde fuera en el intento de hacerse pasar por juez de la situación: ¡él no es judío! Pero las personas que leemos con atención el evangelio nos damos cuenta de que el juez de verdad, aquel que tiene el poder real, es el prisionero, Jesús.

Jesús se proclama rey en el diálogo con Pilato: «Soy rey». Este título será capital en la historia de la pasión según el evangelio de Juan. De hecho, los solda-

dos llevarán a cabo una ceremonia de coronación de Jesús como rey (aquí no hay ningún atisbo de burla o de farsa) y después de la crucifixión Pilato insiste en que el título puesto en lo alto de la cruz no se puede quitar ni modificar.

Cuando Jesús dice que «mi reino no es de este mundo» no está diciendo que él o sus seguidores no tengan ningún papel en los asuntos de este mundo, en la lucha por la justicia y por la paz. Su afirmación nos dice que el reinado de Jesús se distingue claramente de las formas de poder de la mayoría de las instituciones del mundo: dominio, violencia, explotación económica y armas para mantener el poder. El poder de Jesús, evidentemente, proviene de otra fuerza. Su presencia es testimonio de una verdad que puede ser escuchada y que da vida.

JOAN FERRER